

## 1. El arlequín

Sacó de la cartera una tarjeta recién estrenada con el nombre «Daniel Martín-Vernuy» grabado en color plata, metió la clave y, cuando se giró, sus hijos estaban ya bajando por la escalera mecánica. Antes de que se los tragase, vio la melena de Rebeca sobre la cazadora recién comprada y la gorra de la que se había encaprichado Javier. Se dio prisa con las bolsas y los alcanzó en la puerta. Rebeca empujó el cristal y señaló el logo de una cadena de cafeterías al otro lado de la calle. Estaban terminando de cruzar cuando oyeron la sintonía de unos dibujos animados.

—¡El oso Maloncho! —gritó Javier.

—Será el desfile de carnaval —dijo Rebeca.

—¡Vamos! —Dio un pisotón en la acera.

—Pero si ya no te gusta, si ya no lo ves nunca en la tele... —dijo Daniel.

Rebeca, que se había adelantado, giró en la esquina y desapareció. El niño le cogió de la mano y tiró de él. Giraron también ellos y, en una avenida paralela, vieron a Maloncho bailando en una carroza. Rebeca estaba ya abriéndose paso entre el público y Javier se soltó para seguirla. Se le cayó la gorra, que Daniel se agachó a recoger; tuvo el tiempo justo para meterse por los mismos huecos que sus hijos antes de que volvieran a cerrarse.

—¡Esto se lo voy a contar a vuestra madre!

Javier asomó la cabeza entre los abrigos de dos chicos que estaban en primera fila. El camión de Maloncho se alejaba ya, pero le seguía un regimiento de copias pequeñas que se contoneaban en el mismo baile. Pasaban

y pasaban, todos iguales... De pronto, uno de los chicos de delante se dio la vuelta: a mí ya me vale de osos; mejor unas birritas. Al instante se volvió el otro y los tres pudieron avanzar hasta el borde de la acera. Daniel se agachó para dejar en el suelo las bolsas que empezaban a pesarle y, cuando se incorporó, los osos dejaban paso a un grupo de arlequines. Bailaban ordenados en varias filas, produciendo la impresión de un tablero tembloroso de ajedrez. Y uno de tantos, uno cualquiera, se despegó del resto; se giró con un antifaz plateado de plumas negras, sujeto con un palito. Daniel hubiera dicho que se había quedado mirándole precisamente a él. A él, como si le conociese. ¿No le estaba sonriendo? Y aquel antifaz... ¡parecía el mismo!: los picos pronunciados, las plumas en la frente, el mango a rayas... Pero no, no lo era: los ojos que asomaban a través de los huecos eran oscuros, negros. Y desaparecieron sin más. Con un giro artístico, el arlequín volvía ya a integrarse en el conjunto que avanzaba al ritmo de Samba do Brasil.

—¡Mirad, los de *El Tercer Rayo*! —Rebeca señaló una carroza.

Pero su padre no la oyó: no estaba allí, sino en el umbral de la habitación del otro arlequín: el del pasado. Asomado al marco de la puerta le estaba viendo quitarse y ponerse el antifaz de plumas ante el espejo.

—¡Qué trajes de astronautas más cutres! —dijo Rebeca—. ¡Anda que la nave C21! ¡Si se va tambaleando!

Pero Daniel seguía en el umbral. El antiguo arlequín, su hermano, acababa de girarse y le estaba mirando a través del antifaz. ¿Otra vez espíandome, niñato? Lo retiró de golpe y quedaron fijos en él sus ojos verdes, de aquel tono tan puro, tan eléctrico que no parecía humano.

Javier le tiró de la manga:

—¿Nos vamos ya?

Rebeca se dio la vuelta y echó a andar. Cuando Daniel y el niño terminaron de sortear el gentío, estaba subiendo ya por la misma calle, en dirección a la cafetería del logo.

Al llegar a casa oyeron voces en el salón. Rebeca acercó el oído y sacó la lengua en un gesto de fastidio: está otra vez con la del bufete. Se metió por el pasillo, seguida de su hermano, y Daniel dio con los nudillos en la puerta. Alicia y su socia estaban en la mesa de comedor, con los portátiles y un barullo de papeles. Saludó con lo mínimo y cerró de nuevo. Se cambió de ropa y fue a sentarse con un libro a la sala pequeña, en una butaca orejera que había junto a la ventana. Habría leído media docena de páginas cuando llegó Javier. Empezó a abrir cajones, a rebuscar, hasta que se decidió por un juego construcción. Daniel volvió al libro, pero se dio cuenta de que estaba haciendo un pequeño movimiento con la punta del pie: hacia arriba, hacia abajo... ¿Por qué estaba nervioso? Todo en su vida estaba bien colocado en su sitio, como solía decir su madre: los trabajos del laboratorio habían salido bien a la primera, Rebeca no podía tener mejores notas y el chiquillo empezaba a soltarse con los números. Todo estaba en su sitio, pero el pie no dejaba de moverse.

La torre se derrumbó produciendo un cúmulo de sonidillos. Se giró y vio a Javier estirar el brazo para apilar las piezas y reemprender la construcción de igual manera, con una base pequeña que la abocaba al mismo fin. Hasta cuatro o cinco veces se repitió la secuencia: intento

de avanzar en la lectura, reflexiones y derrumbe. Cuando miró el reloj se sorprendió de que pasasen de las diez. Llevó al niño a su habitación y entró en la suya donde se metió en la cama con el libro. Tras unas pocas páginas, incapaz de mantener los ojos abiertos, apagó la luz.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Sintió la mano de Alicia en el hombro. Tomó aire y se incorporó.

—Decías: Ay, no, ay, no, gritando.

—Ay, ¿no? —preguntó con la respiración aún agitada.

—¿Qué era?

—Tonterías: el desfile de carnaval. —Volvió a acostarse.

—Si eso nunca te ha gustado.

—No.

—¿Y aun así los llevaste a verlo?

—Me llevaron ellos.

Alicia murmuró que no sabía qué trauma era ese que tenía con los disfraces y él se giró en la cama. Envuelto en las sábanas, su mente reprodujo la imagen con que había despertado: una mano que colgaba. Al instante, abrió los ojos para fundirla en la negrura de la habitación. Pero aquel otro universo, el de la pesadilla, lo atraía hacia él, como, a veces, atrae el abismo. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo empezaba? Había oído un ruido en la salita y se había puesto en pie; había recorrido el pasillo y se había detenido en el umbral. Sí, en el sueño se había detenido allí, sin atreverse a presionar el interruptor. Aún creía sentir su tacto en el dedo. Y al fin se había decidido a apretarlo. Nada, nadie. ¡Sí! Una mano cayendo del brazo de la butaca orejera, una mano delgada, huesuda. Se había girado para buscar algo con lo que defenderse: un jarrón de cristal que había encima de un mueble. Sí,

ese jarrón existía: un vaso anodino que siempre había estado allí. Con él bien agarrado, se había ido acercando a la butaca. Pero, a medida que se reducía la distancia, el temor a la violencia, al movimiento se iba convirtiendo en temor a algo inerte. Empezó a inclinarse poco a poco. Tenía que descubrirlo de forma gradual, tenía que darse tiempo. Pero apareció de golpe: una melenilla rubia y lacia, cayendo hacia un lado de una cara afilada del color de la cera. ¡Un cadáver! Con un traje de rombos y cuello de volantes. Y los dedos de la otra mano estaban contraídos en torno al mango bicolor del antifaz de plumas negras.

La última noticia de su hermano la había recibido cuatro años antes de un antiguo compañero del instituto de Segovia. Se habían tropezado en la esquina de la Gran Vía con la calle Fuencarral, donde el excompañero le había dicho de manera algo enigmática:

—Yo creo que era Adrián, aunque tal vez no. Pero sí, creo que sí. No había quién le reconociera. Es cierto que estaba en el andén de enfrente y desapareció en cuanto pasó el metro. No tuve tiempo de verle bien, pero, chico, iba que daba lástima. ¿Sabes si tiene algún problema?

Daniel respondió que no, lo que era cierto, pues no sabía nada de él, ni malo, ni bueno. Dijo que le llamaría para asegurarse de que estaba bien y, sin más, se despidieron para seguir cada uno su camino. Daniel continuó en dirección al banco en que tenía que hacer unas gestiones, echando cuentas del tiempo que llevaba sin noticias. Éstas las recibía de vez en cuando de una prima del padre, residente en Huelva, que, llamando a uno y a otro, había actuado durante años como un repetidor

de comunicaciones. Pero esa comunicación se había interrumpido hacía algún tiempo, bastante tiempo, como reflexionó, a causa de la pérdida de memoria que le había sobrevenido al poco de cumplir noventa. Daniel llegó a la sucursal y ciertas complicaciones que no esperaba hicieron que, a la salida, lo oído acerca de su hermano pasase a segundo plano. Le habían visto de lejos. Quizá ni fuese él.